las puertas del cielo, las nuevas y las antiguas manzanas, os aguardan: vuestras primeras y últimas buenas obras, que guardadas para nuestro Amado Jesús, El, en la gloria, os las recompensará.

Sí; sed fieles hasta la muerte, y recibiréis la corona de vida!»

Voz de las hijas.

Madre mía, tu voz escuchamos,
A la palma feliz subiremos,
Tus preciosas virtudes amamos
Y tus dulces consejos oiremos:
Ya tus signos graciosos llevamos,
Negro, azul, del Carmelo, tenemos,
No sabíamos del blanco, oh María!
Buscarémosle, sí, Madre mía!

CAPITULO VIII

Hallarlo afuera.—Su izquierda y su derecha.—Sueño respetado.—Rebosando en delicias.—El árbol del manzano.—Doble sello.—La muerte y el infierno.—Las aguas y los ríos.—La hermana impúber.—Muro ó puerta.—La torre y la paz.—La viña del Pacífico.—La de la Esposa.—Los amigos escuchan.—Fuga á los montes de los aromas.—Voz de María.—Himno á la Virgen Inmaculada sacado del Cántico.

VERSO I.

¿Quién te me dará á tí, hermano mío,
alimentándote á los pechos de mi madre,
que te halle fuera, y te bese,
y ya nadie me desprecie?

VERSO 2

Asiréme de tí y te llevaré á la casa de mi madre; allí me enseñarás, y yo te daré bebida del vino adobado, y el mosto de mis granadas.

Es un deseo de la Esposa, motivado por el amor, el que aquí se expresa, pues anhela la Esposa que su Amado fuera un hermanito suyo, para poderle besar, acariciarlo y llevarlo en los brazos con toda libertad, sin atraerse murmuraciones ni desprecios, pues así acostumbran las hermanas, delante de todos, besar y acariciar á los pequeñuelos; el título de hermano es señal de grande cariño y demás, muy propio de Jesucristo respecto de nosotros, pues vino como todos, de la carne de Adán, y por eso es vuestro hermano. Dicen San Ambrosio y otros Padres, que el Señor salió afuera, cuando antes estaba dentro, porque estando dentro del seno del Padre salió afuera á hacerse Hombre, y que El salió fuera para venir á es-

tar dentro de nuestros corazones. Otros doctores dicen, que en la Eucaristía sale Jesucristo afuera del cielo, para ponerse debajo de las especies, y sale afuera del Sagrario, para venir adentro de nuestras almas y en la cumunión, como á tierno niño le acariciamos y le besamos; y así en la forma de niño se ha aparecido á San Francisco, á San Antonio de Padua, á San Edmundo, á San Cayetano y á otros santos; y en la Eucaristía ha aparecido muchas veces en figura de niño.

Honorio lo aplica á los Religiosos, como si alguno queriendo atraer á otro á su misma Orden, le dijese:

«¿Quién me dará á tí, que seas mi hermano en la Religión y caridad fraterna, alimentándote á los pechos de mi madre, es decir, siguiendo las reglas y constituciones de mi Orden; y que te encuentre afuera, esto es, fuera de las pompas y vanidades del siglo; y te bese, esto es, me una contigo en todos los oficios y ejercicios de la Religión; y ya nadie me desprecie, porque traje á mi Orden tal hermano?»

Mas dejando estas inteligencias y ha-

blando de Nuestra Señora, significa los ardientes deseos que tenía de salir fuera de este destierro y encontrarle en el cielo en la gloriosa Humanidad, por la que fué Hijo y hermano suyo, y allí gozarle entre inefables delicias y alegrías. También tiene conexión con los misterios de la Infancia, pues en Belén, dando á luz el divino Niño, le tomó y le llevó á la casa de su madre, es decir, á Nazareth, á aquella humilde casita que, trasladada por los ángeles á Loreto, es frecuentada y venerada por los fieles. Y dice: *allí me enseñarás*, porque en tantos años que vivió con Ella, le enseñó Jesucristo los misterios de su Pasión y muerte, Resurrección y Ascensión y Redención del género humano; allí le dió María del vino adobado y del mosto de las granadas, ya porque realmente allí le alimentaba, ya porque místicamente le daba á gustar el vino de su caridad para con Dios y el zumo de las granadas de su caridad para con el prójimo. Y también la Virgen Santísima quiso asir al Señor y ser llevada á la celestial Jerusalén, y allí ser enseñada por la visión beatífica de la

Unidad y Trinidad divina, y allí darle al Señor el vino de la exsultación y acción de gracias, y el mosto del hirviente amor y caridad.

VERSO 3

Su izquierda bajó de mi cabeza
y con su diestra me abrazará.

VERSO 4.

Conjúroos, hijas de Jerusalén,
que no despertéis ni hagais recordar
á la amada hasta que ella quiera.

Estos dos versos quedan antes explicados; sólo diremos que aquí al último, se repiten, porque pertenecen al Tránsito de nuestra Señora, pues entonces Jesucristo con la izquierda de su humanidad y la derecha de su divinidad, la rodeó y la sostuvo, y así dulcemente durmió su santísima Madre el sueño de la muerte. Y el Señor conjuró á sus ánge-

les á no despertarla hasta que Ella quisiere; y como Ella siempre quiso lo que quiere el Señor, por él fué despertada en el sepulcro y llamada en cuerpo y alma á los cielos. Y entonces fué cuando viéndola subir los santos ángeles, acompañada de su santísimo Hijo, hicieron admirados la pregunta que vamos á oir.

VERSO 5.

¿Quien es ésta que sube del desierto
rebosando delicias,
apoyada sobre su Amado?
Debajo de un manzano te desperté:
Allí fué arruinada tu madre,
allí fué seducida la que te engendró.

«Subió la Bienaventurada Virgen, dice un doctor, por el proceso de sus merecimientos, subió por las gradas de sus dignidades; subió del destierro de la vida presente para ser colocada sobre los coros angélicos; subió rebosando de méritos y virtudes, y llena de dones y de gracias,

y subió apoyada en su Amado, porque todo lo refería á él y á su dignación, y El sobreañadía á sus gracias las delicias de sus recompensas.» Y como lo que rebosa sale afuera, de aquí es que las delicias en que rebosa nuestra Madre, nunca se desperdician, sino que caen sobre sus devotos; y por eso es delicioso su culto, delicioso su nombre, deliciosos los libros que de Ella nos hablan, deliciosos los cantares que sus Hijas le entonan, delicioso su santísimo Rosario, y deliciosa toda ella, nuestra Reina y Señora!

En cuanto á las palabras que se añaden, contienen una alusión ó más bien un recuerdo del triste drama del paraíso: allí fué perdida y arruinada, engañada y seducida nuestra primera madre Eva, creyendo á la serpiente infernal; pero de allí la levantó el Señor al perdón, dándole la penitencia. Y también entienden los Padres por este manzano, el árbol de la cruz, porque debajo de él suscitó á á Adán y á Eva, y á toda su posteridad y aun á la Virgen María; mas á esta Señora, como ya estaba elegida y decretada para Madre de Jesucristo, para esto la

preservó el Señor del pecado original; y así se dice suscitada, no por haber caído, sino por haber sido libertada de la caída. Así, dice el profeta David: «Sacaste, Señor á mi alma del infierno inferior,» (Psalm. LXXXV. 13.) y sin embargo, no había caído al infierno, puesto que estaba vivo.

Puede considerarse también, que nuestra santísima Madre al pie de la cruz, dice á cada uno de sus hijos: «*Debajo del manzano*, debajo de la cruz, por la muerte de mi Hijo, *te suscité* del pecado, de la muerte y del infierno, así como debajo de otro árbol funesto se perdió y fué seducida Eva tu madre.» Y así, María cambió el nombre de Eva en Ave, como canta el Ave maris stella: pues trocó la maldición en bendición, el fruto prohibido en el fruto bendito, la ruina en reparación, el pecado en gracia, y el infierno en la gloria. ¡Bendita sea por siempre y en todas partes nuestra muy amada Madre!

VERSO 6.

Ponme como sello sobre tu corazón, como
sello sobre tu brazo; porqué fuerte es
como la muerte el amor, duro
como el infierno el celo:
sus lámparas, son lámparas de
fuego y de llamas.

Mucho y muy precioso es lo que han dicho los santos sobre este verso. Unos, uniéndolo con el anterior, explican: «pues que me has levantado misericordiosamente de la ruina de Eva, ponme agradecida como un sello sobre tu corazón y sobre tu brazo.» Este sello en el corazón significa que los pensamientos y afectos del alma sean todos de Jesús; y el sello del brazo, que todos los actos, ejercicios y operaciones, sean también para El. Y como en los sellos hay siempre un nombre ó letrero, así este sello lleva el nombre de Jesús, y muchos santos materialmente lo han trazado sobre su pecho: unos con fuego, como Santa Francisca de Chantal, y otros con

hierro y fuego, como la bienaventurada Margarita de Alacoque.

Los esclavos llevaban un sello ó argolla en el cuello en señal de propiedad de su amo; y así en el capítulo séptimo de Apocalipsis, á todos los escogidos se les imprime el signo de la cruz, como el Antecristo imprimirá no sé qué sello maldito en la frente de sus adeptos.

Séllase igualmente lo que se quiere tener secreto y bien guardado; y como la Esposa es huerto cerrado y fuente sellada, se le indica con estos sellos que guarde bien lo interior de sus potencias y lo exterior de sus sentidos. Y como el sello suele llevar la imagen ó retrato de su dueño, así este sello grava la imagen de Cristo crucificado, y así explica San Ambrosio: «Jesucristo está como sello en la frente para que siempre le confesemos; como sello está sobre el corazón para que siempre le amemos; llévase como sello sobre el brazo para que siempre por El trabajemos, y de esta manera, si es posible, nosotros mismos expresemos toda su imagen.» Y así podemos entender el precepto de amar á Dios con todo el corazón

y con todas las fuerzas, sellando con su nombre y con su imagen todos los afectos de nuestro corazón y todas las obras de nuestros brazos.

Ahora bien; que todo esto conviene admirablemente á nuestra Madre, es muy bien claro, pues nadie como ella enderezó al Señor sus obras é intenciones; nadie como ella tuvo tan presente el nombre de Jesús; nadie como ella se reconoció tan sinceramente como esclava del Señor; nadie como ella tuvo impresa la imagen de Cristo crucificado; nadie como ella tovo sellados y secretos los celestiales arcanos. Ella, pues, cumplió mejor que nadie la recomendación del Señor: Ponme como sello en tu corazón, como sello sobre tu brazo.

En cuanto á la causal que aduce para portar estos sellos: que el amor es fuerte como la muerte y el celo duro como el infierno, es de admirar cuanto se ha dicho y escrito acerca de ello, pues es uno de los versos del Cántico que más se cita en multitud de circunstancias.

A primera vista parece extraña la comparación del amor con la muerte;

pero se encuentra muy conveniente al reflexionar que Jesucristo con su muerte nos dió la mayor prueba de amor. Veamos, pues, las semejanzas entre la muerte y el amor. Primera: como la muerte todo lo doma, lo sujeta, y nadie puede sustraerse de su imperio, así el amor de Cristo todo lo venció: los azotes, los clavos, las espinas, la cruz, los dolores, los oprobios, el hambre y la sed, por redimirnos de la muerte; y aun puede decirse que sufrió los mismos dolores del infierno por nosotros, pues dice en un salmo: «Preocupáronme lazos de muerte, y dolores de infierno me cercaron.» (Psalm. XVII. 5.) Segunda: «el amor de Cristo fué fuerte como la muerte y el infierno, porque le hizo sufrir la muerte y descender á los infiernos», dice San Ambrosio. Tercera: el amor da muerte á las pasiones; oigamos á San Gregorio: «El amor es fuerte como la muerte, porque así como ésta extermina los sentidos exteriores del cuerpo, privándolos de todo natural y propio apetito, así el amor divino en las almas, hace que desprecien todos los terrenos deseos.» Cuarta: «el amor, dice San

Juan Crisóstomo, es violento y aun tiránico como la muerte; no cede á ninguna ocasión, sino que se une al amado sin que ningún dolor ó aflicción de él lo separe»; la quinta: porque el amor hace desear la muerte, como vemos en San Pablo y en otros muchos santos, que caminaban al martirio llenos de gozo; sexta: Jesucristo exige de los suyos una caridad fuerte como la muerte y el infierno, no sólo para salvarse á sí mismos, sino también á los otros, con un celo inflamado en vivísimas llamas.

En cuanto á las lámparas de fuego y de llamas que se atribuyen al celo, San Anselmo dice: «que son las almas de los santos que arden por dentro en las brasas de la caridad, y alumbran por fuera con las llamas del celo.» Otros traducen, en vez de lámparas, carbones con la llama de Dios, ó alas alderredor, ó saetas volantes, ó ímpetus del fuego, ó chispas que saltan.

Como se ve, todo esto indica la fuerza y eficacia del celo, pues nada hay más eficaz con qué compararlo que con el fuego.

En nadie fué tan fuerte el amor como en el corazón de nuestra muy amada Madre, á la que San Cirilo llamó Lámpara inextinguible; en ella el amor fué fuerte como la muerte, pues el amor á Dios y á los hombres la hizo consentir en la muerte de su divino Hijo. En ella el celo fué duro como el infierno, pues sufirió voluntariamente sus dolores, que pueden compararse á las penas del infierno por su dureza; y todo por el celo del bien de las almas, á quienes daba á luz en el Calvario. Su cuerpo y su alma eran como las lámparas de fuego y de llamas que siempre ardían en el celo de la gloria de Dios y de la salud de los mortales. De la fuerza de estas llamas, que nada pudo apagar, y del sumo valor y precio de la caridad, se sigue hablando en el verso que á continuación se expresa.

VERSO 7.

Las muchas aguas no pudieron apagar la caridad, ni los ríos la cubrirán: si diere el hombre toda la sustancia de su casa por el amor, como dada la despreciará.

Como acababa de comparar el celo del amor con el fuego, y como podría decirse: «al fuego el agua lo apaga»; para mostrar la fuerza de esas llamas, dice que ni las aguas, aunque sean copiosas, ni aun ríos enteros podrán apagarlas. Quiere decir, pues, que al amor y celo de Jesucristo para con su Esposa, no pudieron apagarlo ni las aguas, ni los ríos, ni los torrentes de las persecuciones, tormentos, dolores, trabajos, contradicciones, ingratitudes, desprecios y blasfemias, lo cual habría de durar por todos los siglos. Y ahora, en la devoción del Sagrado Corazón de Jesús, es una consideración que siempre se propone, cómo el Señor, aunque vió en el porvenir todos los pecados

é ingratitudes de los hombres para con el Sacramento de su amor, no por eso dejó de darnos en él su cuerpo y sangre, ni de quedarse con nosotros todos los días hasta la consumación de los siglos; todas estas muchas aguas de ingratitudes, estos ríos de profanaciones y desacatos, no han podido ni podrán jamás extinguir las dos llamas que salen de su divino Corazón, y que indican su celo por la gloria de Dios y el bien de los hombres. Después de Jesús, el Corazón de María arde también en esas vivas llamas, que todos los dolores y afrentas de su Hijo, no bastaron á apagar, ni bastarán las culpas de los pecadores.

Si diese el hombre toda su riqueza y toda su vida por la caridad, como nada la despreciará, quiere decir que es tan grande el precio y la estimación de la caridad; que aunque el hombre diera todas sus riquezas, todos sus haberes y todo su sustento por comprarla, sería tenerla en el más alto desprecio el estimarla en tan poco. Nuestra amada Madre sí supo estimarla, pues dió por ella á su amado Hijo, que era toda su substancia,

después de haberlo dejado todo por los votos religiosos que despojan al alma de su fortuna, de sus sentidos y hasta de su propia voluntad.

VERSO 8.

Nuestra hermana es pequeña, y aun no llega á la pubertad: ¿Qué haremos á nuestra hermana en el día en que la hayamos de hablar?

Algunos, con San Gregorio, piensan que aquí es el Esposo el que habla; pero parece mejor decir con otros, que la Esposa ya adulta, habla de su hermana pequeña que aun no está acabada de formar, y á la cual piensa proporcionarle un Esposo; y por eso pregunta al suyo, qué deberá hacer cuando llegue la vez de hablarle acerca del matrimonio. Algunos doctores creen que no sería muy decoroso hablar con él acerca de esto, y que así estas palabras se dirigen

á sus compañeras. Alano cree que esto decían los ángeles antes de la Encarnación, esto es: «¿Qué haremos á la Bienaventurada Virgen cuando va á hablarla Gabriel Arcángel, diciéndola que concebirá y dará á luz, cuando ella parece no estar formada y dispuesta para ello, como lo dijo al nuncio celestial: Yo no conozco varón?» Otros creen que es la santísima Virgen la que habla, pidiendo por la reciente Iglesia de los judíos que han de ser llamados por el habla y la predicación de Elías al fin de los tiempos. Sea lo que fuere, he aquí la respuesta que da luego el coro de jóvenes, ó más bien el Esposo.

VERSO 9.

Si es un muro, edifiquemos sobre él almenas de plata: si es puerta, guarnezcámosla con tablas de cedro.

Maravilloso es también cuanto aquí se ha entendido por estas palabras; más de-

jando mucho que no hace á nuestro propósito, sólo diremos, que por muro se significa el pecho de la Esposa, sólido, firme y constante; y por puerta, al contrario, un ánimo inconstante, un ánimo que entra y sale, un pensamiento que va y vuelve. Y así, este verso significa: «Si nuestra hermana que va á llegar á la juventud, es seria, quieta y formal, edifiquemos sobre ella almenas de plata, haciéndola advertencias sobre cómo debe defenderse de las asechanzas; démosle consejos de castidad y de pureza. Mas, si desgraciadamente ella fuese como una puerta, si se deja ver de los jóvenes procaces, y siempre se asoma á las ventanas, olvidando la modestia, entonces á esta puerta hagámosle tableros de cedro, es decir, tengámosla cerrada hasta con fuertes amenazas, para que no pierda la vergüenza y exponga su pudor.» La santísima Virgen fué como fuerte muro, porque tuvo siempre un ánimo esforzado y varonil, y siempre se edificaban en ella las almenas de plata de las palabras de la santa Escritura, y de las inspiraciones del Espíritu Santo. Ella es la puer-

ta de madera incorruptible, por la cual vino el alto Rey, y la que dió paso á la Luz eterna, por lo cual canta de ella la Iglesia:

Tu Regis alti janua
Et porta lucis fúlgida;
Del Rey alto, eres puerta,
De luz puerta esplendente.

Pero también es puerta del cielo para nosotros, como la llamamos en sus Letanías; y en el *Ave maris stella* le decimos: *Felix cœli porta*, puerta feliz del cielo. Y es puerta guarnecida con tablas de cedro, por sus altas é incorruptibles virtudes, que la cierran para que defienda á sus devotos de los ataques del enemigo, cerrando la puerta para que no entren en la tentación, ni el demonio entre en ellos con sus asechanzas.

VERSO 10.

Yo soy muro: y mi seno como torre,
desde que ante él he sido he-
cha como la que encuen-
tra la paz.

Aquí la Esposa reconoce su fortaleza; pues es y se llama muro, por la firmeza de la virtud, y se llama torre por la altura de la oración; y como de ella saca la leche de la doctrina y del espíritu que derrama en los otros, por eso compara con ella sus senos, que significan, ya los dos Testamentos, ya los dos preceptos de la caridad, ya los dos géneros de vida, activa y contemplativa; y entonces fué delante de él, halladora de la paz, porque Jesucristo, príncipe de la paz, se la dió como un rico tesoro que ella había perdido. Honorio lo entiende de los Religiosos que, aunque primero hubiesen pertenecido al siglo, después se escudan bajo los muros de la Religión, y desde que se alimentan de sus Reglas y